

racion del rumbo que ha tomado. ¿Se hace distinguir en el sarao, en el baile? á competencia lo celebran todos, mientras la virtud humilde, ejemplar y recogida es objeto de la risa. No se repara en que aquel jóven libertino gaste lo que quisiere para mantener su disolucion: á manos llenas se da cuanto se la antoja á aquella hija loca para sus modas, para sus invenciones y para su profanidad. Pero abracen estos mismos hijos el partido del retiro, de la modestia y de la devocion, falta poco para desheredarlos; á lo menos se les reduce á los precisos términos de su legítima; mientras que las mejoras y los aumentos se reservan para los indevotos, para los que siguen ciegamente el espíritu del mundo. ¿Y qué se responderá á Dios cuando pida estrecha cuenta de esas injustas preferencias, de esas impías predilecciones? Entonces clamareis: ¡Ay qué impiedad! ¡ay qué injusticia! pero ya llegará tarde el arrepentimiento.

*Nos insensati.* ¿Pero de qué sirve conocer el mal, cuando ya es el daño sin remedio? Necios de nosotros, que nos causaba lástima la vida ejemplar de los buenos; que nos burlábamos de su modestia y de su circunspeccion; que los mirábamos con una especie de desden y de desprecio. Los desterrábamos de nuestros conventículos, juntas y concurrencias, y sentíamos no sé qué maligna complacencia en hacer ridiculas sus mas prudentes acciones. ¿Cuántos insulsos chistes se nos ofrecieron sobre sus escrúpulos, sobre su delicadeza de conciencia, sobre el tenor regular de su conducta? A nuestros ojos eran unos hombres de mal gusto, de corazon apocado, y de una estravagancia que se acercaba á parvulez. ¡Ah, que la parvulez y estravagancia fué la nuestra! *Ecce quomodo computati sunt inter filios Dei, et inter sanctos sors illorum est.* Aquellos que parecian tan despreciables á nuestros ojos eran la mas noble porcion del rebaño de Jesucristo. Como ilustres herederos de la virtud de los santos están hoy en posesion de la gloria. Su suerte será eternamente objeto de admiracion y de veneracion á todo el universo, y á nosotros de envidia, de rabia y de desesperacion.

*Talia dixerunt in inferno hi qui peccaverunt.* Así discurren y así hablan de la verdadera sabiduría de los buenos en la hora de la muerte los que no quisieron imitarlos en vida. Esta justicia hacen á la virtud aun en el mismo infierno los que la persiguieron en el mundo: así se respeta en el otro á los que en este se desprecia.

*El Evangelio es del cap. 15 de S. Juan.*

En aquel tiempo dijo Jesus á sus discípulos: Yo soy vid verdadera, y mi Padre es cultivador. Todo sarmiento que no lleve fruto en mí, le quitará: y todo aquel que lleva fruto, le mondaré para que lleve mas. Vosotros estais ya limpios en virtud de la palabra que os he anunciado. Permaneced en mí, y yo en vosotros. Así como el sarmiento no puede llevar fruto por sí mismo si no permanece en la vid, de la misma manera tampoco vosotros si no permaneciereis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos: el que está en mí, y yo en él, este lleva mucho fruto; porque sin mí no podeis hacer cosa alguna. Si alguno no permaneciere en mí, será arrojado fuera como el sarmiento, y se secará, y le cogerán, y le echarán en el fuego, y arderá. Si permaneciereis en mí, y mis palabras se conservasen en vosotros, pedireis lo que quisiereis, y os será concedido.

MEDITACION.

*De los que están en pecado mortal.*

PUNTO PRIMERO.—Considera que no puede el hombre vivir en estado mas infeliz, mas desdichado en este mundo, que en el de pecado mortal. Mas que uno nade y se anegue en bienes y en riquezas; mas que brille con todo el esplendor imaginable; mas que la fortuna risueña en todo le galantee; mas que esté colmado de honras, de gustos y de deleites; mas que haya llegado al ápice de la grandeza; mas que se vea colocado en el mismo trono; si está en pecado mortal es sobradamente infeliz y miserable. Lo mismo que es un cadáver espuesto á los ojos del pueblo debajo de un magnífico pabellon, tendido en una riquísima cama, es á los ojos de Dios un hombre que está en pecado mortal, entre honras, riquezas y abundancia. No es capaz de preservarle de corrupcion toda la brillantez, todo el esplendor del mundo. Los gusanos no respetan ni á la nobleza de la sangre, ni á la delicadeza de los miembros. Pueden los bálsamos, las drogas, los perfumes conservar incorruptas las carnes de un cuerpo muerto; pero no pueden hacer que no sea un espantoso cadáver. Pues aun es mucho peor una alma que está en pecado mortal. Todos los tesoros del mundo, toda su ostentacion, pompa y aparato no pueden estorbar que sea abominable, que sea ob-

jeto de horror á los ojos de Dios. ¡Y se vive tranquilamente en este estado! ¡y hay quien se alegre estando en él! ¡y hay quien en él persevere!

Un hombre en pecado mortal es un hombre en desgracia de Dios, degradado de todo mérito, privado de todos los derechos que le daba la gracia, despojado de todos sus privilegios. Si muere en este infeliz estado, el infierno será su eterna mansion, su herencia la rabia, la desesperacion, el fuego eterno.

¡Qué pesadumbre seria la de un cortesano si llegase á entender que ya el rey le miraba con disgusto! El hombre en pecado mortal es objeto de horror á los ojos de Dios. Si no revienta contra él su indignacion y su cólera; es efecto de su divina misericordia, que no debilita los derechos ni el rigor de su severa justicia. El hombre en pecado mortal es un delincuente condenado al último suplicio. A la verdad, se dilata la ejecucion para darle tiempo á que solicite el perdon; ¿pero qué se podrá esperar de un reo de lesa majestad divina, que pudiendo conseguir el perdon persevera voluntariamente en pecado mortal? ¿no es este mi retrato? ¡pues cual será mi paradero!

PUNTO SEGUNDO. — Considera que el estado de pecado mortal es el mas infeliz de todos los estados; porque mientras está en él el pecador, haga lo que hiciere, el pecado destruye el mérito de todo á los ojos de Dios. Aunque hiciera milagros, dice el apóstol S. Pablo; aunque tuviera tanta fe que con ella mudara los montes de un sitio á otro; aunque repartiese toda mi hacienda entre los pobres; aunque entregara mi cuerpo á las llamas para ser reducido á cenizas; si me faltara la caridad, si no estuviera en gracia de Dios, en vano trabajaria, de nada me serviria para el cielo todo cuanto padeciese; porque el estado de pecado mortal es un estado de muerto. Pues el muerto ¿como puede hacer acciones de vida? y las que no son acciones de vida, ¿de qué sirven para la eternidad?

El pecado mortal reduce al hombre á ser nada en el orden de la gracia: *Charitatem autem non habuero, nihil sum*. Pues *ex nihilo nihil fit*: de la nada, nada se puede hacer. ¡Buen Dios, qué pérdida es la que hace en vida un pecador! Jamás le estimará Dios nada de lo que hace en pecado mortal.

En tanto son meritorias nuestras obras para la eternidad, en cuanto son consagradas y condignificadas por Jesucristo. Para esto es menester estar unidos á Cristo por medio de la caridad: mientras subsiste esta union comunica mérito y virtud particular á nuestras obras; pero cortada esta comunicacion por

el pecado, quedamos como sarmientos secos, separados de la vid, inútiles, sin provecho, sino para arder en el fuego eterno. Los vástagos de la vid solo llevan fruto cuando están unidos á la cepa.

¡O qué bien conocieron los santos esta importante verdad! ¡ó qué bien se aprovecharon de ella! ¡qué no hicieron, qué no padecieron por no separarse jamás de esta cepa misteriosa! Honras, placeres, tesoros, vanas y aparentes brillanteces con que el mundo engaña, encanta, deslumbra; desgracias, persecuciones, suplicios con que el demonio espanta, aterra, horroriza, nada fué bastante á hacerlos titubear en la fe, cuanto mas para derribarlos. Tiburcio, Valeriano y Máximo todo lo sacrificaron antes que perder la gracia; ¿pero cuantos hay que quieren perderlo todo antes que dejar de cometer un pecado?

¡Mi Dios, en qué estado tan lamentable he vivido yo! ¡Qué seria ahora de mi si hubierais arrojado al fuego este sarmiento seco y separado! Volvedme á unir á la cepa por vuestra divina gracia, amado Salvador mio. En esto voy á trabajar desde este propio momento.

JACULATORIAS. — No me arrojéis, Señor, de vuestra presencia, ni permitáis que pierda vuestra gracia. (*Psalm. 50.*)

¿Quién me apartará del amor de mi Señor Jesucristo? (*Rom. 8.*)

#### PROPOSITOS.

1 La desdicha de todas las desdichas es estar en pecado mortal. Toda otra desgracia es tolerable; ninguna hay que no pueda tener algun alivio, ó que á lo menos no se acabe en esta vida ó en la otra; sola esta es sin consuelo. Si la misericordia del Señor no reprimiera la malignidad del enemigo de nuestra salvacion, ningun pecador sobreviviria al estado de la culpa. ¡Qué de funestos accidentes! ¡qué de golpes imprevistos! ¡qué de muertes repentinas se verian á cada instante! Ignórase ahora la verdadera causa de la mayor parte de los trabajos que suceden en esta vida: algun dia sabremos que dentro de nosotros mismos estaba el verdadero origen de todos ellos. Se peca, se vive en pecado; ¡y despues nos admiramos de la quiebra en el comercio, de la desgracia en la pretension, de las disensiones entre la familia, de que se hubiese muerto aquel hijo único, que era toda la esperanza de la casa! Mas nos debiéramos admirar de que viviendo en pecado se hubiese salido bien de aquel lance, se hubiese ga-

nado aquel pleito, hubiésemos escapado de aquella enfermedad, si no supiéramos por otra parte que estas aparentes felicidades no pocas veces son efecto de la ira de un Dios mas irritado contra nosotros. Nunca castiga Dios mas severamente al pecador, que cuando le deja dormirse profundamente en medio de la prosperidad. Si tuviste la desdicha de caer en pecado, ten la fortuna de levantarte al instante. No esperes al domingo ó al primer dia de fiesta para confesarte. Despues de la contricion, á que al punto te debes escitar, acude al médico espiritual, solicita cuanto antes el remedio. Y si al tiempo que lees esto te acusa la conciencia de alguna culpa grave, no dejes pasar el dia sin aprovecharte de la gracia que te hace el Señor. Mira que te espones á peligro de perderlo todo si desprecias este aviso.

2 Es grosero error, que enseñó Wiclef, y condenó solemnemente el concilio de Constancia, decir, que pues nada de lo que se hace en pecado mortal es meritorio para el cielo, son inútiles en este estado infeliz las buenas obras, las cuales por razon del mismo pecado se harían malas y demeritorias. Error, herejía, embuste diabólico. No, no llega á tanto la malicia del pecado, no obstante que sean tan lastimosos sus estragos. Aunque seas reo delante de Dios de los mayores escesos, de las mas enormes culpas, todavía en ese estado puedes y debes hacer obras buenas. Honrar á Dios, socorrer á los pobres, obedecer á los superiores, y cumplir con otras obligaciones de religion y de justicia, no solo se puede, sino debe hacerse aun estando en pecado mortal; porque el pecado no dispensa de esas obligaciones. ¿Tienes la desgracia de estar en tan lastimoso estado? pues no solo no debes omitir aquellas devociones que acostumbras, sino que has de alentarte á añadir otras. Mas oracion, mas ayunos, mas penitencia, mas limosnas, para mover á Dios, por decirlo así, á que te conceda la gracia de la conversion. Fuera de las obras de obligacion, que no debes omitir estando en pecado mortal sin cometer otro nuevo pecado, ¿no es justo que procures con otras de supererogacion mover la misericordia de Dios, y aplacar su justicia? Con este espíritu la Magdalena se arrojó á los pies de Jesucristo, y los regó con sus lágrimas; el publicano suplicó al Señor que tuviese misericordia de él; Cornelio Centurion consiguió que sus oraciones y limosnas subiesen hasta el mismo Dios, y se compadeciese de su ceguedad. Pero en todo caso procura que á estas obras precedan siempre muchos actos de contricion, y no te descuides en recurrir al sacramento de la penitencia.